

doctrinas sobre reforma agraria

• VIOENTE PELLEGRINI, S. J.

MUCHOS de los errores prácticos en materia de reforma agraria provienen de un desconocimiento doctrinal. Hay quienes siendo católicos de misa frecuente, tienen un pensamiento liberal y se enfrían en su catolicismo cuando descubren la doctrina de la Iglesia que ellos habían identificado con su falsa posición. Hay también quienes, sin pretenderlo, defienden un marxismo práctico, o al menos no hacen las distinciones fundamentales entre los postulados marxistas y la doctrina católica.

Pero es innegable que el mal mayor consiste en los que, con el pretexto de defender una doctrina mal interpretada y mal aplicada, se encierran en una obstinada resistencia al cambio social.

Por eso nos parece oportuno sintetizar tres posiciones doctrinales acerca de la propiedad, con sus aplicaciones prácticas a la propiedad de la tierra.

I. — LA POSICION LIBERAL

El liberalismo no admite por principio ninguna forma de limitación a la propiedad individual. El individuo tiene la capacidad y el derecho inalienable de poseer en propiedad tanto los medios de producción, como cualquier otro tipo de bienes.

Limitar de alguna manera ese derecho inalienable es atentar contra la humanidad misma.

Al liberalismo no le impresionan los problemas y las injusticias a que da lugar una interpretación tan abusiva del derecho de propiedad, principalmente cuando se trata de la propiedad de la tierra.

Al liberalismo práctico que nace con el feudalismo, se sucede el liberalismo jurídico que arranca de la revolución francesa en 1789 y queda codificado por largas décadas a partir del código de Napoleón. Esto da lugar al fenómeno de concentración de la propiedad en pocas manos. En el caso de la propiedad rural, el fenómeno se hace muy agudo en los países nuevos, donde la necesidad de colonización provocó un reparto dispendioso de las tierras incultas o de las zonas conquistadas a los aborígenes.

No hay que olvidar que la época de la gran colonización coincide con el auge del liberalismo, tanto como doctrina económica cuanto como doctrina jurídica, de modo que las constituciones de la mayoría de los países nuevos surgidos en el siglo pasado no son más que una copia de modelos europeos, generalmente Francia, con aditamentos de origen sajón.

Sin embargo, no debemos pensar que los liberales razonan concientemente de un modo frío e inhumano cuando se tra-

(*) El presente artículo constituye un "Teoría y Realidad de la Reforma Agraria", actualmente en prensa, que el autor resume de uno de los capítulos del libro publica en la Colección CIAS de la Editorial Sudamericana.

ta de problemas que afectan de manera tan íntima los intereses de la mayor parte de la humanidad.

Su razonamiento parte de la idea de que un orden eminentemente liberal, en el cual cada individuo tiene libertad absoluta para disponer a su antojo de la propiedad, con la única limitación de la custodia del Estado para asegurar que cada uno pueda realizar individualmente lo que considera mejor, da como resultado el mayor bienestar posible de la comunidad, cosa que no se obtendría con ningún otro sistema.

El sofisma que vicia este modo de pensar radica en el hecho de que el liberalismo considera que el hombre es naturalmente bueno, y las acciones que él libremente realice se traducirán en el mayor bien común que pueda alcanzarse. Nosotros sabemos que esa no es la realidad. El hombre dejado en libertad total no hará sino dar rienda suelta a una sed insaciable de lucro, provocando el fenómeno que Pío XI sintetiza en la "Quadragesimo Anno" con estas palabras: "Por largo tiempo el capital logró aprovecharse excesivamente. Todo el rendimiento, todos los productos reclamaba para sí el capital, y al obrero apenas se le dejaba lo suficiente para preparar y reconstituir sus fuerzas. Se decía que por una ley económica completamente incontrastable, toda la acumulación de capital cedía en provecho de los afortunados, y que por la misma ley los obreros estaban condenados a pobreza perpetua o reducidos a un bienestar escasísimo" (1).

Los resultados del orden liberal son demasiado conocidos. Es el mismo Pío XI quien los describe con palabras fuertes:

(1) Q. A., n. 54.

"...salta a la vista que en nuestros tiempos no se acumulan solamente riquezas, sino también se crean enormes poderes y una prepotencia económica despótica en manos de muy pocos" (2).

"Esta acumulación de poder y de recursos, nota casi originaria de la economía modernísima, es el fruto que naturalmente produjo la libertad infinita de los competidores, que sólo dejó supervivientes a los más poderosos, que es a menudo lo mismo que decir los que luchan más violentamente, los que menos cuidan de su conciencia" (3).

"...la libre concurrencia se ha destrozado a sí misma; la prepotencia económica se ha suplantado al mercado libre; al deseo del lucro ha sucedido la ambición desenfrenada de poder; toda la economía se ha hecho extremadamente dura, cruel, implacable" (4).

La propiedad de la tierra no podía quedar exenta de esas consecuencias conaturales al sistema. En casi todos los países se fue produciendo una concentración de la propiedad de la tierra, con la extensión del latifundio improductivo que dio lugar a los problemas de desequilibrio en los precios de artículos esenciales para el hombre, y al fenómeno de la convivencia de una clase numerosa de proletariado rural con extensiones mínimas para subsistir y poderosos terratenientes que poseían la mayor parte de la propiedad rural.

El liberalismo moderno no desconoce el problema. No puede desconocerlo porque el mismo se ha evidenciado muchas veces de manera violenta. Sin embargo sigue aferrado a sus esquemas individua-

(2) Q. A., n. 103.

(3) Q. A., n. 105.

(4) Q. A., n. 107.

listas, negando uno de los caracteres más aceptados del derecho de propiedad que es su función social, en virtud de la cual el ejercicio del derecho se subordina al bien común.

Por lo tanto el liberalismo rechaza un derecho y un deber del Estado a legislar convenientemente para evitar los abusos del poder y la excesiva concentración de la propiedad, fruto generalmente de una injusta distribución del producto social o de la apropiación indebida por parte de uno de los factores de producción, el capital, que se atribuye unilateralmente los beneficios de la empresa.

Se aferra a la idea de la libertad absoluta del individuo a poseer cualquier extensión de tierra, de modo que su dominio le permita disponer de ella a voluntad; a cultivarla o a dejarla inculta; a exigir por su locación cualquier suma o cualquier participación en el producto; a despedir en cualquier momento a los locatarios sin cuidarse de épocas o condiciones, fuera de las establecidas individualmente en el contrato. Esto que parece una imagen peyorativa de un sistema, es en verdad lo que corresponde a la concepción teórica del liberalismo, y lo que desgraciadamente estuvo en auge con mayores o menores sombras en vastas regiones del mundo y llega, todavía hoy, a asumir en algunas naciones no desarrolladas visos de una verdadera esclavitud, por la cual los que trabajan la tierra ajena no son más que piezas sin valor en un dominio donde se cuidan más las máquinas que los hombres. En el campo se cumple también, con su modalidad peculiar, lo que Pío XI describió hablando de la empresa industrial: "...la materia inerte sale de la fábrica ennoblecida,

mientras los hombres en ella se corrompen y degradan" (5).

La modalidad peculiar la había descrito antes el mismo Pontífice al declarar: "Añádase el ejército ingente de asalariados del campo, reducidos a las más estrechas condiciones de vida, y desesperanzados de poder jamás obtener 'participación alguna en la propiedad de la tierra' (x), y, por tanto, sujetos para siempre a la condición de proletarios, si no se aplican remedios oportunos y eficaces" (6).

El neoliberalismo, que se dulcifica con la idea de aceptación de los beneficios sociales libremente acordados por los individuos y no impuestos por el Estado, no alcanza a superar el esquema doctrinal básico del liberalismo y, por lo tanto, debemos considerarlo como una mera concesión táctica a la creciente marea social empujada por fuerzas antagónicas. De no existir esas fuerzas, si no cundiese en el mundo el temor a perderlo todo, no habría nacido ciertamente el neoliberalismo, pues éste, en sustancia, no difiere del liberalismo.

II. — LOS POSTULADOS MARXISTAS

Para entender la posición marxista hace falta remontarnos a sus primeras épocas. La situación de las pequeñas propiedades rurales de fines del siglo pasado, principalmente en países como los de Europa Oriental, parte de Alemania y Rusia, no era en modo alguno floreciente. En base a esa experiencia, el marxismo sentó una serie de dogmas que se compendian en la oposición tenaz a toda for-

(5) Q. A., n. 129.

(6) Q. A., n. 59 (x) cita a León XIII, Enc. Rerum Novarum, n. 35.

ma de pequeña propiedad de la tierra.

El marxismo no hace planteos de unidad económica familiar. Esta es una forma retrógrada que debe superarse. Si en los países no comunistas utiliza los slogans en pro de una reforma agraria que dé la propiedad de la tierra a los que la trabajan, ello es solamente una postura política, un trampolín para captar votos que le hagan más fácil el acceso al poder.

Baste citar aquí a dos autores de cuya autenticidad marxista no cabe dudar. El uno es el mismo Marx, el otro es Lenin.

Para Marx, *El Capital*, t. III, p. 2, la pequeña propiedad rural no debe aceptarse: "Dispersión infinita de los medios de producción y aislamiento de los mismos productores, derroche excesivo de las fuerzas humanas, empeoramiento progresivo de las condiciones de producción y encarecimiento de los medios para producir, tales son los caracteres de la propiedad parcelaria".

Lenin se muestra enemigo tanto de la pequeña propiedad agrícola cuanto de los sistemas cooperativistas.

Hablando de las ventajas que tiene la gran explotación agrícola para vender sus productos, dice: "De la misma manera, los teóricos admiradores de la pequeña explotación no consideran ese hecho cuando dicen que puede *remediarse* mediante la cooperación. No queremos confundir la realidad capitalista con la posibilidad de un paraíso cooperativo pequeño burgués. Más adelante citaremos hechos que mostrarán a quién benefician, en realidad, las ventajas de la cooperación" (7).

(7) V. I. LENIN, *La Cuestión Agraria*, Lautaro, Bs. As. 1947, 190 p., p. 108 (la obra es una colección de artículos de Lenin, publicados entre 1901 y 1906).

"La pequeña explotación no existe más que para el derroche; derroche de trabajo y de las fuerzas del agricultor; derroche de las fuerzas productivas de la tierra. Por lo tanto, todo estudio que no tenga en cuenta esos factores no será más que un conjunto de sofismas burgueses" (8).

Vemos, por tanto, que la posición del marxismo coincide con la posición de los grandes terratenientes. El liberalismo y el marxismo se dan una vez más la mano. Tanto uno como otro sostiene la necesidad de la concentración en grandes explotaciones. Se mira —desde una óptica puramente materialista— una productividad teóricamente mayor. Se dejan de lado otros aspectos paraeconómicos y psíquicos que también contribuyen a acrecentar la producción, como es el sentirse sujeto de derechos, la mayor contracción al trabajo que tienen los que trabajan su propia tierra, y otros mil aspectos de la propiedad personal que, tratándose de unidades económicas —evitando por cierto el minifundio—, puede ayudar a una mayor producción.

Del mismo modo, como fruto de un mismo árbol, el liberalismo y el marxismo se dan la mano en su oposición a los sistemas de explotación cooperativa. Por ello, cuando por motivos técnicos los comunistas tratan de fomentar y controlar las cooperativas campesinas u otro tipo de cooperativas, lo hacen nada más que como un paso previo que puede facilitarles la llegada al poder, concitando la simpatía popular.

El ideal del marxismo, por lo tanto, es la gran explotación estatal, donde todo esté planificado, todo controlado, donde el Estado pueda gozarse con cuadros de

(8) Id., p. 115.

cosechas abundantes, donde se viva la ilusión de un paraíso ya perdido hace mucho tiempo.

En este punto debemos señalar la tercera coincidencia del sistema liberal y del sistema marxista. Los dos parten de una concepción falsa del hombre. Tanto uno como otro ignoran o niegan la realidad teológica trascendente del hombre. El hombre naturalmente bueno del liberalismo —o sea, prescindencia del dogma del pecado original— y el hombrea irreal del marxismo —o sea, la negación del orden sobrenatural— son la explicación última de la posición por la cual marxismo y liberalismo no son otra cosa que una secuencia natural, fruto de una dinámica implícita en el desconocimiento de la realidad humana.

III. — LA DOCTRINA SOCIAL CRISTIANA

• LA PROPIEDAD DE LA TIERRA

La Doctrina Social de la Iglesia en esta materia tiene una permanencia milenaria, y en su desarrollo de los últimos siglos, aunque enriquecida y perfeccionada con el progreso del estudio moral y filosófico, se mantiene inmutable.

Es fundamental dar aquí el esquema de la doctrina católica sobre la propiedad, ya que de ella arranca toda consideración sobre la reforma.

Santo Tomás, resumiendo la doctrina tradicional, dice que al hombre le compete el uso de las cosas exteriores, por lo cual tiene un doble derecho: (Cfr. *Summa Theol.*, II-II, q. 66, a 1 et 2).

- 1) La potestad de procurar y administrar los bienes, y por esto es lícita la propiedad.

- 2) El uso de los bienes, y en esto las cosas más son comunes que propias en cuanto el hombre debe ser fácil en comunicar a otros los bienes que posee.

Para la primera aserción, pone tres razones que la hacen necesaria a la naturaleza humana:

- a) Porque cada uno es más solícito para procurarse lo propio que no lo que es común; en lo común habría el peligro de que todos huyesen del trabajo dejando el cuidado a los demás.
- b) Porque con la propiedad hay más orden y se evita la confusión y el caos que sobrevendrían sin propiedad.
- c) Porque la posesión asegura más paz que si todo fuese común y sin dueño.

Aunque Santo Tomás no niega que el derecho de propiedad sea un derecho natural, como el derecho natural no distingue la posesión propia y la posesión en común, la propiedad privada pertenecería al ámbito del *jus gentium*. Pero este *jus gentium* no debe interpretarse como un mero derecho positivo tal cual se entiende ahora, sino que encierra elementos del derecho natural. "... *propietas possessionum non est contra ius naturale sed iuri naturali superadditur per aditionem rationis humanae*".

Algunos han interpretado a Santo Tomás como si el derecho de propiedad fuera una necesidad que proviene nada más que del hecho del pecado original. Si no hubiese habido pecado, no hubiese existido la propiedad privada.

Sin embargo, el desarrollo posterior de la doctrina católica muestra que, aún sin pecado original, el derecho de propiedad

hubiese existido, ya que se funda en la naturaleza social y personal del hombre.

El derecho de propiedad es la implicación de una relación personal entre el hombre y las cosas, es la manifestación de una necesidad interna del hombre de realizarse plenamente por el dominio sobre las cosas, lo que León XIII llama "dominatus", un derecho de soberanía que le confiere Dios desde el momento de la creación.

Pero al mismo tiempo, el hombre como persona es un ser social y, por lo tanto, el dominio y soberanía personal no puede estar en contradicción con el dominio de los demás hombres. Se sigue, lógicamente, que el derecho de propiedad está sujeto a ciertas limitaciones. Es enteramente inconcebible una propiedad que no esté en armonía con la realidad social concreta. Tal armonía justifica las limitaciones al derecho de propiedad.

Dentro, pues, de la concepción católica, la armonización puede ser procurada o mantenida por la autoridad *social*, a quien compete regular el derecho de propiedad, nunca abolirlo, teniendo en cuenta las exigencias del bien común.

Mal podría denominarse derecho de propiedad el solo derecho al consumo, ya que éste no constituye el dominio conferido por Dios especialmente al hombre. El derecho al consumo no distingue al hombre de un animal que también tiene, por su instinto, ese derecho.

Ni tampoco podría ser verdadero derecho el que desconociese las limitaciones impuestas por la naturaleza social, que es propia del hombre en cuanto persona.

Esta concepción de la propiedad no se extiende solamente a determinados bienes, sino a todos los que pueden ser sus-

ceptibles de posesión. Así la propiedad de la tierra, de otros bienes inmuebles, de los medios de producción, de la renta, sea en forma de ingresos del capital o de ingresos del trabajo o salarios.

Pío XII va a profundizar más en la noción de propiedad, señalando la relación que hay entre persona, propiedad y libertad. La propiedad es el medio para que el hombre "cree un campo de justa libertad para sí y para los suyos, no solamente económico, sino también político, cultural y religioso" (Alocución del 1º de Sept. 1944, AAS, 36 (1944), p. 252).

Cuando la Iglesia insiste sobre la propiedad, lo hace en defensa de la libertad personal que se asegura con el ejercicio de ese derecho. De ninguna manera pretende defender posiciones anticuadas o poco conformes con el carácter social que tiene el dominio personal.

En el caso de la propiedad de la tierra hay, además, elementos que le confieren una característica especial.

En efecto, el trabajo de una explotación agrícola generalmente aporta un beneficio a la misma tierra. Este bien incorporado, las obras hechas para mejorar la explotación, caminos, sistemas de riego, etc., no son transportables. El trabajador no los puede llevar de un lado a otro. Mientras en la industria el trabajo modifica la materia prima y beneficia, principalmente, al producto fabricado, en la agricultura es la tierra misma que se beneficia, aunque también puede sufrir daños por envejecimiento. Pero los daños son mínimos en comparación con las mejoras.

La explotación agrícola tiene, además, su atadura a la tierra que le confiere una menor movilidad que la de la industria.

Los olivos, las viñas y otros tipos de plantaciones no son fácilmente reemplazables o transportables, ni tampoco en pocos años.

Esto nos ayuda a entender porqué la propiedad de la tierra es un elemento tan importante para el que la trabaja personalmente. Ninguno se siente movido a multiplicar su trabajo en una tierra que no es la propia. Por el contrario, trabaja con amor la que le pertenece.

En este sentido, las instituciones modernas tienden a difundir la propiedad entre los que la trabajan por ser el modo más práctico de asegurar un mayor rendimiento y, por lo tanto, mayor beneficio para toda la comunidad.

Sin embargo, esto tiene también sus límites, y son los de la extensión mínima que se requiere para que una explotación agrícola sea racional. El problema del minifundio, ya en vías de solución en muchos países de Europa, puede ser tan grave como el del latifundio. Actualmente, en Alemania, Suiza, Francia y otros países, se emplean grandes sumas para efectuar el remembramiento y ampliación de las explotaciones agrícolas.

Con estos prenotandos podemos pasar ya al estudio de la posición católica sobre la propiedad de la tierra y la reforma agraria.

• UBICACION DE LA POSICION CATOLICA

La formulación teórica de la posición católica sobre la propiedad de la tierra ha encontrado, desde hace unas pocas décadas, una doble contradicción que podemos sintetizar en doctrinas que pugnan desde posiciones opuestas, aunque nacidas ambas de un error en el conocimiento de la realidad del hombre.

La una, en nombre de un derecho de propiedad que no reconoce ninguna limitación social, ha puesto el acento en pretendidas conclusiones económicas, según las cuales el problema de la tierra tiene que resolverse con la solución de un problema técnico.

Se trataría solamente de un progreso en los métodos de explotación, en el empleo de máquinas, fertilizantes, selección de plantas y animales, sin tocar para nada a la estructura de la propiedad agraria, la cual se iría adaptando espontáneamente a las exigencias de la economía, único modo de cumplir sus finalidades productivas y sociales. Tales exigencias sociales solamente podrían obtenerse por el camino de la libre formación y libre adaptación de la propiedad rural respetando las reglas del juego económico.

La posición liberal que acabamos de describir no ha envejecido, al menos en nuestro país, aunque en otras partes haya cedido prácticamente en forma absoluta. De hecho, son éstos los argumentos que más se esgrimen para oponerse a cualquier tipo de reforma de la propiedad rural.

Del lado opuesto, socialistas y comunistas ni siquiera plantean un problema de reforma de estructuras en la propiedad rural, sino que tratan de resolver el problema quitándolo de en medio, por abolición lisa y llana de la propiedad rural. De ahí que, como paso táctico intermedio, traten de urgir cualquier tipo de reforma agraria que les permita ir desarticulando a la propiedad misma.

La posición cristiana considera que la tierra, directa o indirectamente, está al servicio de todos y, por lo tanto, los sistemas de producción y los derechos sobre

ella deben replantearse en función de esa exigencia fundamental.

Desde un punto de vista objetivo, la economía moderna ha ido modificando su actitud respecto a la doctrina católica. Tratando de aproximarse más a los hechos, procura entenderlos en un marco que, si bien se aparta del tradicional de la economía clásica, superado ya un período de positivismo abstracto, considera al hombre como algo más que la prolongación de una máquina o de un mecanismo.

Desde el punto de vista teórico, hemos de reconocer que la doctrina católica es hoy mejor recibida que hace 100 ó 200 años, cuando se intentaba más bien demolerla como algo inútil que se oponía a las modernas concepciones de un liberalismo que demasiado pronto se iba a mostrar impotente para resolver los problemas que había creado.

Señalaremos ahora los aspectos más salientes y la documentación correspondiente, contentándonos con un breve comentario cuando sea necesario.

● LA DOCTRINA SOCIAL CATOLICA SOBRE LA PROPIEDAD

El Papa León XIII comienza la serie de los grandes Pontífices que tratan de manera sistemática sobre la propiedad, buscando aclarar la naturaleza de la misma.

El Papa se encuentra con una sociedad que, partiendo de un naturalismo llevado al extremo, endiosa casi al animal, minimiza al hombre, y formula claramente las dos concepciones opuestas del liberalismo y del socialismo.

Es necesario distinguir al hombre del

animal, y en esa distinción fundamental, acentuar el origen racional del derecho de propiedad defendiéndolo contra el socialismo que lo niega, y contra el liberalismo que lo desvirtúa. La solución es una mayor difusión de la propiedad, que no debe quedar concentrada en pocas manos.

Directamente habla el Papa del acceso a la propiedad rural. Copiamos íntegro el párrafo de la "Rerum Novarum", y ya que algunas veces se lo cita incompleto, preferimos no truncarlo.

"Si el obrero recibe un jornal suficiente para sustentarse a sí, a su mujer y a sus hijos, será fácil, si tiene juicio, que procure ahorrar y hacer, como la misma naturaleza parece que aconseja, que después de gastar lo necesario, sobre algo con que pueda irse formando un pequeño capital. Porque ya hemos visto que no hay salución capaz de dirimir esta contienda de que tratamos si no se acepta y establece antes este principio: que hay que respetar la propiedad privada. Por lo cual a la propiedad privada deben las leyes favorecer, y en cuanto fuera posible, procurar sean muchísimos en el pueblo los propietarios. De esto, si se hace, resultarán notables provechos; y en primer lugar será más conforme a equidad la distribución de bienes. Porque la violencia de las revoluciones ha dividido los pueblos en dos clases de ciudadanos, poniendo entre ellos una distancia inmensa.

"Una, poderosísima, porque es riquísima, que como tiene en su mano ella sola todas las empresas productoras y todo el comercio, atrae a sí para su propia utilidad y provecho todos los manantiales de riqueza, y tiene no es-

caso poder aún en la misma administración de la cosa pública. La otra es la muchedumbre pobre y débil, con el ánimo llagado y pronto siempre a amotinarse.

“Ahora bien; si se fomenta la industria de esta muchedumbre con la esperanza de poseer algo estable, poco a poco se acercará una clase a otra y desaparecerá el desequilibrio que hay entre los que ahora son riquísimos y los que son pobrísimos. Además se hará producir a la tierra mayor copia de frutos. Porque el hombre, cuando trabaja en terreno que sabe que es suyo, lo hace con un afán y un esmero mucho mayores; y aún llega a cobrar un grande amor a la tierra que con sus manos cultiva, prometiéndose sacar de ella no sólo el alimento, sino una cierta holgura o comodidad para sí y para los suyos. Y este afán de la voluntad nadie hay que no vea cuánto contribuye a la abundancia de las cosechas y al aumento de la riqueza de los pueblos. De donde se seguirá en tercer lugar este otro provecho: que se mantendrán fácilmente los hombres en la nación que los dio a la luz y los recibió en su seno; porque nadie trocaría su parte con una región extraña si en su patria hallara medios para pasar la vida tolerablemente. Mas estas ventajas no se pueden obtener si no con esta condición: que no se abrume la propiedad privada con enormes tributos e impuestos. El derecho del propietario individual emana, no de las leyes humanas, sino de la misma naturaleza; la autoridad pública no puede, por tanto, abolirla; sólo puede atemperar su uso y conciliarlo con el bien común. Obrará, pues, injusta e inhu-

manamente si de los bienes de los particulares saca, a título de tributo, más de lo justo” (R. N. 35).

Se observará enseguida el cuidado que tiene el Pontífice de unir la posibilidad de acceso a la propiedad con el respeto a la propiedad, y el llamado de atención al Estado para que atempere los impuestos de modo que no se conviertan en un modo de expropiación.

El Pontífice había reconocido en un párrafo anterior (7) que la tierra no deja de servir a todos, por diversa que sea la forma en que esté distribuida entre los particulares, y al mismo tiempo aclara que, aunque Dios ha dado la tierra “en común a todo el linaje humano, no es decir que todos los hombres, indistintamente, sean señores de toda ella, sino que no señaló Dios a ninguno en particular la parte que había de poseer, dejando a la actividad de los hombres y a las instituciones de los pueblos la delimitación de la propiedad privada”.

Por lo tanto, de la doctrina de León XIII se deducen claramente los siguientes corolarios:

- 1) La tierra es común en cuanto que debe servir para la sustentación de todos. Por lo tanto, hay un problema de productividad que hay que tener en cuenta. Aquí se encuentra el fundamento de la función social de la propiedad que en el caso de la propiedad agraria, cuando culpablemente no se cumple, justifica la expropiación o la adopción de un instrumento público de regulación como es, o debiera ser, una reforma agraria.
- 2) La destinación común no va contra la propiedad privada de la misma; por el contrario, lo mejor será

acrecentar el número de propietarios.

- 3) No se debe despojar injustamente de sus tierras a quien las posee.
- 4) La actividad económica puede regular el modo de acceso a la propiedad, de modo que se distribuya al mayor número posible.
- 5) El Estado puede fijar los límites de la propiedad privada, a fin de posibilitar el mejor cumplimiento de la finalidad común de los bienes materiales.

Cuarenta años más tarde, Pío XI desarrolló los conceptos fundamentales de León XIII, aportando nuevos elementos y precisiones que se hacían necesarias por la evolución experimentada desde su antecesor.

En 1931, el capitalismo había llegado al fruto máximo que había podido dar: una crisis cuya solución no podía preverse a corto plazo y cuyas consecuencias serían graves. Con todo, la condición de los obreros se había mejorado, pero subsistía y se agravaba la concentración de poder en manos de unos pocos que dominaban el mundo económico.

Uno de los remedios más urgentes será una distribución más equitativa de los bienes; tal vez la sola cosa eficaz para subsanar los males de la época.

"Dése, pues, a cada cual la parte de bienes que le corresponden; y hágase que la distribución de los bienes creados vuelva a conformarse con las normas del bien común o de la justicia social; porque cualquiera persona sensata ve cuán grave daño trae consigo la actual distribución de bienes por el enorme contraste entre unos pocos riquísimos y los innumerables pobres" (Q. A., 25).

Y cuando habla de los asalariados del campo, los llama "ejército ingente" ... "reducidos a las más estrechas condiciones de vida y desesperanzados de poder obtener jamás «participación alguna en la propiedad de la tierra», y por lo tanto sujetos para siempre a la condición de proletarios si no se aplican remedios oportunos y eficaces". (26)

Finalmente, haciendo notar con más precisión el doble carácter, individual y social, de la propiedad privada, renueva las observaciones de su predecesor sobre la obligación del Estado de intervenir para determinar los deberes que el bien común impone a los propietarios cuando "la necesidad lo pide y la ley natural no lo ha hecho". (18)

El Papa Pacelli debía ir precisando más la doctrina tradicional.

Pío XII se dirige a un mundo que cae en la admiración del vencedor comunista. Rusia siembra por toda Europa las semillas de su doctrina atacando directamente la propiedad. El Papa establece claramente la distancia que separa a la concepción capitalista por una parte y la comunista por otra, de la concepción cristiana de la propiedad.

Contra unos y otros proclama que "al defender el principio de la propiedad privada, la Iglesia no pretende sostener puta y simplemente el presente estado de cosas como si en él se contemplase la expresión de la voluntad divina" (Mensaje del 1º de septiembre de 1944, AAS (1944), p. 253).

Su pensamiento, en lo que se refiere a la propiedad del agro, se resume en el siguiente párrafo del discurso a los Participantes del Congreso de los Cultivadores Directos de Italia, el 11 de abril de 1956:

"Poner a los agricultores no propietarios en condiciones de salarios, de contrato y de renta tales que favorezcan su estabilidad sobre los fundos por ellos cultivados y facilitar el acceso a la plena propiedad (salvo siempre el respeto debido a la productividad, a los derechos de los propietarios y, sobre todo, a sus inversiones); alentarlos con ayudas concretas para mejorar los cultivos y el patrimonio zootécnico, de modo que se beneficie tanto su renta como la propiedad nacional; promover, además, en su favor, las formas de asistencia y de seguridad comunes a los otros trabajadores (pero administradas según las especiales condiciones del agricultor); facilitar la preparación técnica, especialmente de los jóvenes, según los métodos racionales y modernos, en continuo progreso; y, por último, esforzarse para que desaparezca aquella diferencia demasiado estridente entre la renta agrícola y la industrial, que causa el abandono de los campos con tan gran daño de la economía de un país, como el vuestro, fundado en gran parte sobre la producción agrícola".

De estas pocas citas se deduce bien claro el pensamiento de la Iglesia. Reluce por un lado la prudencia para aconsejar se realicen oportunamente los cambios que permitan una mayor difusión de la propiedad rural sin que sufran detrimento ni la justicia ni una adecuada producción de bienes. Y al mismo tiempo, el Papa Pío XII hace hincapié en el hecho, que hoy preocupa a todos los economistas, del desnivel que hay entre el rédito agrícola y el industrial, que es causa de un grave desequilibrio en casi todas partes y que, aun en el orden interna-

cional, provoca el enriquecimiento de los países industriales y el empobrecimiento de los productores de materias primas.

Por lo tanto, como católicos, debemos estar dispuestos a desear una sana reforma agraria y ayudar a crear las condiciones económicas y psicológicas indispensables para realizarlas.

En nuestro país, pueden oponer gran resistencia aquellos productores agrícolas que no advierten el cambio que se produce en la vida económica y parecen dispuestos a seguir viviendo como hace 50 años cuando, regenteando desde lejos una explotación agrícola, se podía vivir lujosamente en una capital europea haciendo continuos viajes y pasando prolongadas vacaciones.

La necesidad de una reforma se podría acentuar si los hombres del campo no destinaran una buena parte de sus ingresos a mejorar el nivel de sus explotaciones y el nivel de vida, salarios y vivienda de sus trabajadores. El criterio de destinar las ganancias de un campo a la compra de otro campo o a las inversiones en la industria, sin destinar al propio campo la cantidad necesaria para modernizar equipos y amortizar el capital, va produciendo ese fenómeno de estancamiento de la producción agrícola y de atraso técnico, cosas ambas que se agravaron en los últimos años por la incidencia de ciertos impuestos y derechos de aduana que impedían la mecanización.

La Iglesia no fija las condiciones necesarias para que en un caso concreto se haga una reforma. Son los católicos —en cuanto ciudadanos—, los que deben juzgar la oportunidad, la necesidad y la bondad de una determinada reforma.

Por lo tanto, hay que evitar dos ex-

tremos: el condenar toda reforma porque supone una limitación del derecho de propiedad, y el propiciar cualquiera nada más que porque se llama reforma.

● *ASCENSO Y ASIMILACION.
LA PROMOCION RURAL*

Para entender en todo su alcance los objetivos de la doctrina social de la Iglesia, hay que valorar sus perspectivas finalistas que desembocan en la promoción y ascensión de la persona humana.

La Iglesia no desconoce el fenómeno, vigente por largos siglos, de los asalariados del agro que no contaron con la menor posibilidad de superarse como personas. Atávicamente vinculados a una tierra que los esclavizaba, sin la posibilidad de elevarse cultural y socialmente, fueron, durante gran parte de la historia humana, los que se conformaron con una existencia casi puramente animal. El fenómeno se hizo más sensible con el auge de las ciudades y las mayores posibilidades materiales y culturales que ellas ofrecían en comparación con el campo.

El cristianismo introduce elementos de elevación espiritual por los cuales el hombre de campo se reconoce, esencialmente, como semejante a todos los demás hombres, aunque sus condiciones materiales de vida sean diversas.

La era industrial acentúa el fenómeno de las disparidades materiales, pero luego de algunas décadas tiende a suavizar las diferencias, ya que satisfechas las necesidades ciudadanas, se dedica la industria a satisfacer las del campo, hasta llegar, incluso, a constituir un hecho cumplido —al menos en algunas regiones— el proceso de industrialización del agro.

Sin embargo hay un fenómeno que, lejos de atenuarse, se acentúa de manera

profunda. Aparece claramente en cualquier análisis económico y social en la mayoría de los países, y está constituido por el desnivel de posibilidades entre el sector primario —preferentemente agrícola— y los otros sectores. En muchas regiones se persiste en mantener estructuras económicas que sacan del agro todo cuanto pueden para beneficio de los que viven en ciudades, sin devolver al agro sino una parte muy magra de lo que produce.

Justamente el Papa Juan XXIII ha podido llamar al campo sector deprimido en comparación con los demás, y hace el Pontífice un análisis muy claro del fenómeno en su Encíclica *Mater et Magistra*.

La doctrina social de la Iglesia, al propiciar cambios de estructura persigue abiertamente colmar esas diferencias injustas en vista a una ascensión del hombre de campo.

No trata, pues, de mantener estructuras injustas, ni mucho menos de predicar la resignación como calumniosamente se la acusó. Trata de realizar, con orden y justicia, una verdadera revolución. Los que no entienden el lenguaje de una doctrina que se fundamenta en la persona humana y en el mensaje de Cristo, se resistirán al cambio. Pero será solamente para su mal.

Si entendemos la necesidad de promoción y de justicia, pondremos nuestro esfuerzo en obtener nosotros mismos las riendas de la revolución. Si no lo entendemos, la revolución nos arrollará. Pero de ninguna manera arrollará a la Iglesia, que no tiene porqué identificarse con ninguna civilización —está por encima de ellas— y mucho menos con un mundo sin alma como es el mundo capitalista. ♦